

Africa Subsahariana
Tras cincuenta años de “independencia”
Jean Nanga

Cuando se acerca el segundo decenio del siglo XXI, numerosos estados del África subsahariana, que pertenecieron a los imperios coloniales británico y francés, celebran el cincuentenario de su nacimiento o de la independencia de los territorios coloniales. Este aniversario se produce en un período marcado, por un lado, por la crisis de la economía neoliberal, que no habría afectado tanto a las economías africanas como a las del centro capitalista, y de otra parte, por lo que puede aparecer como una crítica práctica de la “cooperación” económica entre las antiguas colonias y las potencias occidentales de los cinco primeros decenios neocoloniales: el desarrollo de las relaciones entre África y las economías llamadas emergentes en general, la china en particular. Este artículo es una modesta contribución a la apreciación de la situación africana con ocasión de este aniversario.

Ajuste al neoliberalismo

Medio siglo después de las primeras independencias, el África subsahariana sigue estando bastante especializada en el aprovisionamiento de las industrias del centro capitalista en materias primas agrícolas, energéticas y mineras, a menudo estratégicas y a veces al precio de guerras neocoloniales que son a menudo presentadas como étnicas o confesionales.

Esta participación capital y sangrienta en el desarrollo de la economía capitalista es a menudo disimulada por la evocación habitual del 2% de participación de África en el comercio mundial, expresión innegable de su marginalidad. Ésta es incluso presentada a menudo como una exterioridad. Siendo entonces la misión de los desarrolladores insertarla o integrarla en la mundialización. Una buena intención que está desgraciadamente basada de una parte en una falsificación de la historia de la economía mundial, de otra parte en la ignorancia de que África es el continente más conectado con la economía mundial: es el continente en el que solo el 15% de los intercambios se realizan entre los diferentes estados. La parte más importante es realizada con el resto del mundo (cuando los intercambios intraeuropeos de mercancías representan más del 60%). La pretendida marginalidad africana es, por otra parte, bien particular si se tiene en cuenta lo que aporta al resto del mundo: las materias primas, es decir una, incluso la condición sine qua non, de ciertos logros de las firmas más potentes del capital occidental. Así, la expresión cuantitativa de la marginalidad africana, por su debilidad, puede ser también interpretada como la expresión de la persistencia del intercambio desigual en el mercado mundial que sigue siendo controlado por las potencias económicas del centro.

Una situación de desigualdad, y no de algún tipo de marginalidad, que se ha acentuado con la neoliberalización de las economías llamadas africanas organizada, a partir de los años 1980, por las instituciones financieras internacionales (FMI, Banco Mundial...), a través de los programas de ajuste estructural (PAS), considerados como la respuesta apropiada a la crisis estructural del neocolonialismo de los dos primeros decenios, manifestada por el endeudamiento crítico de los estados africanos –en el mismo momento que los de América Latina y Asia. Es así como desde los años 1980, esta región del mundo es, permanentemente, reajustada o reestructurada para la

consolidación de la versión neoliberal de la dominación neocolonial. Más que de una inserción o integración en la economía mundial, se trata de un transbordo al navío del neoliberalismo.

Una operación que se efectúa con el apoyo activo de los estados del capitalismo desarrollado, cuyas firmas multinacionales se apropian en África de las empresas antiguamente públicas, en los sectores considerados como más rentables de esas economías /1.

Parece evidente que no es la generosidad o algún sentido del sacrificio lo que motiva a las multinacionales concernidas. El continente africano está considerado por los tecnócratas, los de la CNUCED por ejemplo, como el continente en que los capitales extranjeros extraen mayores beneficios de su inversión (una media del 24% al 30% desde los años 1990, contra el 16% al 18% en los centros del capitalismo). Lo que es la consecuencia del éxito, entre otros, de la misión confiada a las instituciones financieras internacionales, incluidas africanas como el Banco Africano de Desarrollo (BAD, que cuenta instituciones públicas no africanas entre sus accionistas) y de adaptación, por los gobernantes locales, de las legislaciones nacionales a las exigencias neoliberales de la acumulación capitalista. Así, la segunda mitad del primer cincuentenario (años 1980-2000) se muestra como la de una “recolonización” neoliberal, por la reducción al mínimo del margen de autonomía –ya muy relativo- adquirido con la proclamación de las independencias y favorecido también por el clima de la “guerra fría”. Con la desaparición del llamado bloque “comunista” europeo, el margen de negociación de las élites nacionalistas pequeñoburguesas con el imperialismo se redujo.

Dicho de otra forma, se ha asistido a la casi desaparición de todo proyecto nacionalista progresista, basado en el desarrollo de un sector económico de estado y de una redistribución menos restringida de la riqueza nacional. Es decir al hundimiento de lo que algunos observadores habían apresuradamente clasificado como experiencias socialistas en África (desde el Egipto de Nasser al Burkina Faso de Thomas Sankara, pasando por el Congo de Marien Ngouabi y el Madagascar de Didier Ratsiraka), olvidando que se seguían efectuando en un marco capitalista, teniendo en cuenta los mecanismos estructurales del neocolonialismo, presentados como de cooperación con las antiguas metrópolis.

Pero con la neoliberalización de la economía mundial, África no es ya considerada como el coto cerrado de las antiguas metrópolis coloniales, particularmente de Francia. Desde diciembre de 1998 (Acuerdos de Saint-Malo), las antiguas metrópolis coloniales, la Francia de la cohabitación Chirac-Jospin y la Gran Bretaña de Tony Blair, habían decidido dominar África de forma concertada más que poniéndose trabas mutuamente.

Desde el fin del siglo pasado, África es también uno de los terrenos de la nueva reestructuración del orden imperial y los Estados Unidos han reconsiderado su política africana y han reforzado su presencia económica en el continente. Es así como al principal mecanismo neocolonial europeo, los Acuerdos Unión Europea/África-Caribes-Pacífico (UE-ACP, ex CEE-ACP), y a los tradicionales acuerdos de “cooperación” bilateral entre estados europeos y estados africanos, se ha añadido haciendo la competencia, bajo la presidencia de William Clinton, la Ley sobre el crecimiento y las posibilidades económicas en África (AGOA, 2000). La principal razón de la instauración de este mercado llamado preferencial es la búsqueda por los Estados

Unidos de un mejor acceso a los recursos energéticos (mucho tiempo infravalorados) de África, incluso la intención de controlarlos, en el momento en que el aprovisionamiento estadounidense proveniente del Medio Oriente se hacía insuficiente e incluso parecía amenazado. Sin embargo, el interés estratégico por el petróleo (92,3 % de las importaciones africanas de los Estados Unidos en 2008), de la costa occidental africana, de Nigeria a Angola, se acompaña de un interés por otras producciones africanas (minerales, metales, equipamientos de transporte, textiles) y por la exportación de productos estadounidenses (18,6 millardos de dólares en 2008 contra 86,1 millardos de importaciones) que van de las semillas genéticamente modificadas (algodón Bt, etc.) al material militar.

El imperialismo militar

Al ser un asunto de seguridad nacional, el aprovisionamiento petrolero estadounidense va acompañado de una presencia militar directa del ejército. Lo que constituye un cambio tras un largo período de injerencia indirecta, durante la llamada guerra fría, por ejemplo apoyando logísticamente, vía el África del Sur del apartheid y el Zaire de Mubutu, a la UNITA de Jonás Savimbi en la larga guerra que le opuso al gobierno de Luanda. Siendo éste presentado entonces como una amenaza comunista y no como un país muy rico en materias primas, desde los diamantes al petróleo. Francia está así llamada a perder su monopolio de una presencia militar permanente sobre el continente, con sus bases heredadas de la colonización, cuyo mantenimiento fue favorecido por la “guerra fría” y que ha servido de medio de presión, de intimidación y peor, contra ciertas orientaciones políticas y económicas de sus antiguas colonias.

Desde hace un decenio, el ejército estadounidense multiplica las operaciones militares conjuntas con ejércitos nacionales africanos, incluso los del tradicional coto cerrado francés. Peor aún, la presidencia de Bush hijo decidió dotar al continente africano de un mando militar estadounidense, como en otros continentes –una exclusividad de la hegemonía mundial- instituyendo, en 2007, la United States África Command (Africom). Lo que hace de los Estados Unidos una potencia militar africana, incluso si el ejército estadounidense está presente desde hace decenios en el África insular, en la base gigante de Diego García –territorio mauriciano que el Reino Unido conservó entre sus últimas posesiones coloniales /2. Pero, en la borrachera del poderío, muy manifiesta bajo la presidencia de Bush hijo, ni se le ocurría a la administración la petición de la opinión de los “socios” africanos sobre el albergue continental del mencionado comando. Así, éste no pudo encontrar tierra de acogida en este continente, que tiene sin embargo la reputación de la hospitalidad de sus gobiernos hacia todo lo que va en contra de los intereses de sus pueblos. La Unión Africana (UA) parece, por el momento, determinada a disuadir a cualquier estado veleidoso- como la Liberia de Ellen Sirleaf Johnson (elegido de nuevo)- de ir en contra de su resolución de librar el continente y las islas de las bases militares extranjeras. Incluso Marruecos, que es exterior a la UA y VELLEITAIRE –según rumores persistentes- parece no escapar a la presión de sus pares. Es así como el mando militar estadounidense en África permanece con base en Stuttgart (Alemania). La única presencia militar permanente y abierta estadounidense en el continente es pues, por el momento, la del Campo Lemonnier (posterior a la creación de Africom), uno de los campos franceses de Djibuti. Proclamado independiente tardíamente, en 1977, Djibuti ha permanecido hasta hoy como la principal base militar francesa en África.

A la espera de la brecha en el consenso panafricano (que podría favorecer la presidencia de los Estados Unidos por Barack Hussein Obama, el africano-estadounidense), que le haría gozar de un sitio en el continente, el Africom se contenta con misiones regulares de formación, ejercicios conjuntos, acciones de las llamadas humanitarias (intervenciones sanitarias, etc.) en diferentes países africanos. Lo que no es despreciable, pues con estas maniobras militares y las intervenciones llamadas humanitarias, el ejército estadounidense consolida, en el seno de los ejércitos locales, incluso de algunas élites africanas, el mito tenaz de su eficacia al que parecen no afectar sus desventuras históricas de los siglos XX y XXI, de Vietnam a Afganistán, pasando por Somalia (Restore Hope y Continue Hope, 1992-1993), caracterizadas por la violación permanente de los derechos humanos. Como hace ya en todas partes el ejército de los Estados Unidos, neoliberalismo exige, el Africom integra en sus misiones a las multinacionales militares privadas, con sus mercenarios de siniestra reputación. La industria de la muerte es tradicionalmente, hay que recordarlo, uno de los sectores más lucrativos del capitalismo real, estadounidense sobre todo.

Este activismo africano del ejército estadounidense tiene su dimensión económica. Las misiones y demás actividades del Africom son también ocasiones de campaña publicitaria no confesada de los productos del complejo militar-industrial nacional. En efecto, a pesar del crecimiento de los gastos militares desde hace un decenio, el continente no figura entre los principales clientes de la industria del armamento estadounidense. Quitando Egipto, 9º, principal importador africano, los demás estados africanos que figuran en el top 50 de los importadores -Argelia (15º), África del sur (27º), Angola (36º), Sudán (43º)- se aprovisionan en menos del 4% en los Estados Unidos. Argelia (principal importadora estos últimos años) y Sudán prefieren el armamento ruso (más del 65%) mientras que África del Sur se aprovisiona más en Europa, principalmente en Alemania (más del 65%). En cuanto a los demás estados africanos, clientes menores ciertamente –pero una moneda es una moneda-, siguen aún, en este tema, muy ligados a la metrópoli colonial. Acuerdos de cooperación militar postcoloniales, firmados entre Francia y sus antiguas colonias, limitan aún la diversificación de la formación y del equipamiento militar de éstas. Pero ofreciendo más bolsas de formación a los alumnos oficiales africanos, que en un futuro próximo serán el mando, Africom esconde mal una cierta competencia con sus socios europeos que, aún siendo miembros de la OTAN, desarrollan una política de defensa común europea, la Fuerza Europea (Eufor). Resulta que es en África donde la Eufor está más desplegada (República Democrática del Congo, Tchad y Centráfrica), bajo la dirección francesa (por reconocimiento de su experiencia colonial y neocolonial del terreno), compartida con Alemania, con la participación regular de otros estados europeos, como Suecia, que está en el top 10 de los mercaderes de armas europeos /3. Sin embargo, la supremacía estadounidense en el seno de la OTAN juega a favor del Africom, como agencia del complejo militar-industrial.

El anuncio del desmantelamiento de la base militar francesa de Dakar, hecho por el presidente senegalés Abdoulaye Wade durante la celebración del cincuentenario de la independencia (3-4 de abril de 2010), simboliza esta dimensión militar de la reestructuración del orden imperial postcolonial en África. Pues, contrariamente a lo que inducirían a pensar la evocación de la renegociación de los acuerdos de defensa de los años 1960, por el presidente francés Nicolás Sarkozy en su visita a África del Sur (febrero 2008), y la presentación que fue hecha de ellos por la prensa francesa independiente y patriótera, lo que ocurre en Senegal no es la conclusión de una

iniciativa francesa que sería apropiada por su homólogo senegalés. De ahí la puya a la pose sarkozysta por el editorialista del periódico chino, El Diario del Pueblo: “Su visita (...) recuerda la prontitud de alguien que tiene prisa por haber terminado lo más rápidamente, pero que no tiene el corazón ligero (...). La decisión de anunciar en otra parte el cierre de la base militar de Dakar ha sido proyectada anteriormente. Visto de forma superficial, esto muestra que el Presidente francés desea tener con los países africanos un nuevo tipo de relación de cooperación. Pero en realidad, Francia está obligada a actuar así a la vez que disimula su despecho y su amargura (...). Hace mucho que Senegal demandó a Francia la retirada de sus tropas del país. En 2005, en la visita del antiguo Presidente francés (Jacques Chirac) al Senegal, su homólogo senegalés Abdoulaye Wade le habló de esto. Descontento, Chirac le respondió: “Si se nos pide que nos vayamos, nos iremos sin lamentarlo” /4. No es quizá una casualidad que el jefe de Estado mayor general del ejército senegalés, el general Abdoulaye Fall, haya sido el primer jefe de estado mayor en visitar, en febrero 2010, el cuartel general del Africom en Stuttgart /5. ¿Ninguna relación debería ser establecido con las manifestaciones, que tienden a hacerse frecuentes, del presidente senegalés Abdoulaye Wade (antiguo profesor liberal de economía) contra los mecanismos de la zona monetaria del franco CFA, sus esfuerzos en materia de diversificación de la asociación económica y de integración africana?

Sin embargo, esta competición entre las potencias imperiales tradicionales no debería hacer olvidar su complicidad permanente, que se manifiesta particularmente en este comienzo del siglo XXI frente a las ambiciones de algunos estados denominados del Sur o economías emergentes (China, India, Brasil, etc.), candidatos al estatus de potencia y, en ello, sometidos a la regla consistente en sacar en África recursos de la potencia económica.

El “ogro chino” en África

África no ha interesado tanto a los analistas económicos partidarios de la hegemonía occidental como durante estos últimos cinco años. Un interés “científico” que no está desprovisto de dimensión paternalista, bajo forma de prevención de África, considerada como inconsciente, de algunas desgracias que la acechan. A diferencia del fin del siglo XIX, no se trata ya de proteger ciertas regiones (oriental y central) de los esclavistas tardíos árabes, sino de proteger todo el continente, incluyendo las islas, de los ogros extremo orientales en general, chinos en particular. La pretensión de este último al estatus de principal potencia económica mundial, una gran amenaza para el Occidente hegemónico desde hace algunos siglos, no parece ya una quimera, incluso si para algunos economistas China es aún un “gran país en desarrollo”, como cuando no representaba más que el 1% del PIB mundial (1970). Una parte de los recursos de los que tiene necesidad para alimentar el crecimiento excepcional de su economía –del que depende también la salud económica de muchas economías occidentales- es sacada de África. Es lo que ha favorecido desde hace un decenio el desarrollo por China de una asociación económica con los estados africanos: 56 millardos de dólares de importaciones chinas (de ellos el 71% en productos petroleros) contra 50,8 millardos de exportaciones en 2008 y un crecimiento exponencial de inversiones directas, que han pasado de 10 millardos de dólares en 2000 a 106 millardos en 2008, más que los 100 millardos previstos para 2010. Entre las exportaciones chinas, están los productos de sus talleres, considerados más accesibles al poder de compra de las masas africanas – laminado por dos decenios de ajuste estructural.

Lo que en la asociación chino-africana moviliza a una fracción de la intelectualidad orgánica del capital occidental, no es su carácter desequilibrado a favor de China – incluso si el principal capital africano, el de África del Sur, ha podido invertir un millardo de dólares en China (por seis millardos de China en África del Sur)-, ni las consecuencias ecológicas de la explotación intensiva de los minerales, a medio y largo plazo. Pues en estas materias, China no ha inventado nada en África y quienes se inquietan por ello dan aún prueba de crítica selectiva a favor de las prácticas de las firmas occidentales y de sus estados. No son, tampoco, los riesgos de una nueva explosión de la deuda pública externa que generarían los préstamos concedidos por China a sus socios africanos (a condiciones preferibles a las del mercado internacional), como ha dado a entender el director general del FMI y dirigente socialista francés, Dominique Strauss-Kahn, para justificar la movilización de la tecnocracia neoliberal contra uno de los contratos recientes de China con la República Democrática del Congo (RDC).

A cambio de la explotación por empresas chinas (privadas y públicas) de un poco más de un millón de toneladas de cobre y de más de medio millón de toneladas de cobalto, China debería conceder a la RDC nueve millardos de dólares (de ellos seis en construcción de infraestructuras viarias, ferroviarias, sanitarias y escolares, y tres como financiación de la participación congoleña en una empresa minera chino-congoleña). Si creemos al embajador chino en la RDC: “Desde el principio hemos evitado cualquier situación que pudiera llevar a un aumento de la deuda” /6, haciendo de garante más al banco chino Eximbank que al estado congoleño. Así, tras numerosas conversaciones, en Kingshasa, con los expertos de Bretton Woods, “la parte china encuentra las recriminaciones del FMI muy fantasiosas e insostenibles” /7. No quedaba entonces a la principal institución financiera multilateral mundial (FMI) más que el recurso al chantaje: la revisión del contrato chino-congoleño (la supresión de él de tres millardos de dólares en construcción de infraestructuras) a cambio de la aligeración de la deuda congoleña por el Club de París y de su recalificación en la Iniciativa País Pobre Muy Endeudado (PPTE de sus siglas en francés). La cooperación chino-africana, que se quiere heredera del espíritu de Bandung, presentándose como “Sur-Sur” y sin perdedor (“win-win”)- principio que China aplica también con sus tres principales socios: los Estados Unidos, Japón y Europa- no puede por el momento desafiar de forma absoluta los mecanismos neocoloniales tradicionales, las llamadas relaciones “Norte-Sur”, bajo hegemonía del norte. Incluso si esto puede privar a la RDC de infraestructuras que se supone mejorarían la suerte de las poblaciones.

La construcción de las infraestructuras (viarias, ferroviarias, hidro-eléctricas, sanitarias, escolares, etc.) bastante deficitarias en los países africanos –tras cinco decenios de “cooperación” y de “ayuda al desarrollo” neocoloniales –es una de las operaciones de seducción llevadas a cabo por China. Ciertamente, la visibilidad de las llamadas infraestructuras sirve a los intereses electoralistas de los gobernantes africanos, interesados también por el rechazo chino de la condicionalidad del respeto de los derechos humanos (exigida hipócritamente y con geometría variable por los estados occidentales) y pudiendo recibir material de represión y de guerra chinos. Pero estas nuevas infraestructuras contribuyen también al desarrollo de una cierta chinofilia –más importante que la chinofobia /8- en los países concernidos, incluso en la élite considerada como pro-occidental, pero que es más bien pro-capitalista. Como los tecnócratas patentados del neoliberalismo, el beninés Abdoulaye Bio-Tchané (antiguo

director para África del FMI y actual director del Banco Oesteafriano de Desarrollo), que considera que “China no es una amenaza para nuestras economías” /9, o la zambiana Dambisa Moyo (encargada de la estrategia económica en Goldman Sachs y crítica iconoclasta, pero neoliberal, de la “ayuda al desarrollo”) para quien “ha llegado el momento para África de mirar de frente la situación y pasar a otra cosa –tiempo de sentarse en otra mesa con otros jugadores dispuestos a darle mejores cartas. China es hoy un jugador de ese tipo” /10.

El impacto de la “cooperación realista chino-africana” /11 es tal que ha suscitado bastante rápidamente algún realismo entre actores tradicionales del desarrollo de África: el Banco Mundial y el DFID (departamento británico de la cooperación), han optado por la asociación con China para el desarrollo de África. En 2007, China aportó a África 9 millardos de inversiones contra 2,5 de cofinanciación de proyectos en África por la institución hermana del FMI, el Banco Mundial. En el Foro Económico Mundial sobre África en junio de 2009 en El Cabo (África del Sur), la Directora General del Banco Mundial y antigua ministra de economía y Finanzas de Nigeria, Ngozi Okonjo-Iwela, renovó el apoyo aportado por el Banco a las inversiones chinas en África. Una tal asociación expresa bien el estatus de potencia africana de China que, por otra parte, parece no contener su irritación por los gritos de alarma de los analistas súbitamente preocupados por la suerte de África.

Durante una conferencia de prensa, en marzo de 2010, China, por boca de su ministro de Asuntos Exteriores, Yang Jiechi, ha procedido a una puntualización, recordando que en materia petrolera, por ejemplo, “las importaciones chinas de petróleo proveniente de África no representaban más que el 13% de las exportaciones africanas de petróleo, mientras que las importaciones americanas y europeas representaban cada una más del 30%. Las inversiones chinas en los campos petrolíferos en África no ocupan más que un sexto del total de las inversiones petroleras del continente mientras que las inversiones americanas y europeas se reparten una proporción mucho más elevada”. Dicho de otra forma, China no considera haber suplantado a las potencias imperiales tradicionales en África, cuyo paternalismo denuncia abiertamente, en un lenguaje relativamente diferente del de los años 1960-1970: “Querría precisar que África pertenece al pueblo africano, que el pueblo africano es el dueño del continente africano y que los demás pueblos no son más que sus invitados. Los invitados deben respetar los puntos de vista de sus anfitriones, los pueblos africanos, así como su libertad de elegir sus socios en la cooperación y sus amigos” /12.

Sin embargo, el diplomático chino ha omitido recordar la importancia de los intercambios económicos entre China y Occidente, que pueden ser considerados como vitales o cómplices en lo que a la reproducción del sistema capitalista internacional se refiere: China es la banquera de los Estados Unidos que son, como a cambio, su principal mercado. Y empresas europeas han escapado a la crisis gracias a sus intercambios con China. A partir de ahí, aunque el crecimiento sostenido de China –se diría lo mismo de Malasia- es una invalidación práctica de los preceptos del Consenso de Washington, la cooperación chino-africana participa claramente de la dinámica de la perpetuación del sistema capitalista, incluso de su forma neoliberal.

Si la asociación chino-africana es tan apreciada por los Abdoulaye Bio-Tchané, Dambisa Moyo y consortes, es porque estos sectores de la burguesía y de la pequeña burguesía africanas conciben esta asociación como un factor de desarrollo del

capitalismo africano, sobre todo en el momento en que las economías occidentales se muestran más frágiles que la china ante los efectos de la crisis del capitalismo neoliberal. Lo mismo ocurre con las actitudes apologéticas sobre la colaboración de las economías africanas con los demás capitalismos llamados emergentes, del Sur, sea la India, Brasil, Malasia, incluso Irán o algún otro. Es la concreción de otro tipo de relaciones entre estados capitalistas del sur, que ejerce una atracción cierta sobre los gobiernos y las élites económicas africanas y les permite pensar que “otro mundo capitalista es posible”, estimulando así la dimensión económica de su proyecto de “Renacimiento africano”, la Nueva Asociación para el Desarrollo Económico para África (NEPAD).

NEPAD o el neoliberalismo de la neoburguesía africana

Desde el comienzo del nuevo milenio los estados africanos organizados en la Unión Africana (UA) -sobre las cenizas de la organización de la Unidad Africana (OUA) - tienen por marco económico común el NEPAD elaborado según los principios del Consenso de Washington, sin embargo ya descalificado concretamente por la crisis asiática. Así, el papel motor del llamado desarrollo de África es atribuido a la inversión privada, principalmente la de las firmas multinacionales occidentales (antes de que lleguen las de las economías llamadas emergentes). Son aquellas las que habían sido invitadas a Dakar, con ocasión de la presentación del NEPAD. Los gobiernos africanos reconocían así oficialmente su subordinación al capital imperialista y su adhesión al nuevo reparto económico del continente. Pero, teniendo en cuenta el capital acumulado durante los cuatro primeros decenios postcoloniales, esta vez es con la esperanza de una participación más efectiva, en tanto que socios minoritarios privados de las firmas multinacionales en las empresas estratégicas antiguamente públicas, privatizadas en el marco del ajuste estructural.

Con la liberalización de los mercados, los capitalistas africanos tienen, en principio, la posibilidad de entrar localmente en competencia con las firmas multinacionales occidentales. Ciertamente, el principio no se ha concretado a menudo. Por otra parte, estos africanos tenían la posibilidad de apropiarse de las empresas antiguamente públicas o de controlar sectores económicos que no interesaban particularmente a los inversores llamados estratégicos. Una burguesía africana compuesta, en muy gran parte, por los responsables del desbarajuste, los corresponsables de la sobrefacturación de los mercados públicos de los estados y de otras prácticas delictivas que han contribuido, al final del primer período neocolonial, al endeudamiento público exterior crítico, factor de ajuste estructural. Clásica acumulación primitiva o reproducción del capital a costa de la economía pública, que no es una exclusividad africana...

Así, desde hace algunos años, además de las inversiones directas extranjeras, hay un cierto activismo económico privado africano, inversiones locales, inversiones intraafricanas (servicios: 36%, manufactura: 30%, agricultura: 19%). Como dice uno de los partidarios de este panafricanismo neoliberal, "más de la tercera parte de las inversiones en África son africanas" /13. En efecto, están presentes -sin pretensión de exhaustividad - capitales mauricianos en Madagascar y en Mozambique, de Kenya en Uganda, de Egipto en Argelia, en Nigeria, en Túnez, en Zimbabwe, de Libia en Costa de Marfil, en Níger, en Uganda, en Ruanda. Los bancos marroquíes Attijarifawa Bank y Banque Marocaine du Commerce Extérieur están en expansión en África del Oeste y en

África Central. Producto de la Federación de Cámaras de Comercio y de Industria de África del Oeste, en los años 1980, que se declara panafricana, Ecobank Transnational Incorporated (basada en Lomé) está actualmente presente en 27 países de África Occidental, Central, Oriental y Austral.

En esta dinámica capitalista africana, los capitales sudafricanos, herederos de la acumulación realizada bajo el régimen del apartheid y explotando la llegada al poder de los gobiernos identificados con la mayoría negra, desde la presidencia de Nelso Mandela, están en posición de liderazgo continental. Es lo que esperaba la fracción ilustrada de la burguesía blanca convertida en los años 1980 en hostil al régimen constitucional de apartheid. Desde la elección de Nelson Mandela hasta 2005, el capital sudafricano habría superado a todos los inversores tradicionales en el continente (14 millardos de dólares, contra alrededor de 10 millardos los Estados Unidos, 6 millardos Francia, 4,5 millardos el Reino Unido). Desde la Isla Mauricio a Marruecos, está presente en diferentes sectores, desde el de las minas, su sector predilecto (del que África del Sur está casi tan bien provisto como la RDC) a otros, como la agricultura, la gestión de los puertos, las telecomunicaciones, la petroquímica... Hasta tal punto que se ha emprendido un debate sobre el estatus continental del África del Sur del post apartheid: ¿imperialismo? o ¿subimperialismo?. Sin embargo África del Sur no solo exporta capitales, recibe también -además de la mano de obra (calificada y no calificada) de los países de la región golpeados por el ajuste estructural- en tanto que principal mercado financiero regional, capitales provenientes de ciertas economías, ciertamente menos desarrolladas, como Nigeria, Kenya, principalmente en el sector bancario. Según el principio bien capitalista

del acoplamiento de la asociación y la concurrencia, en este caso concerniente al liderazgo político-económico continental, entre África del Sur, Libia y Nigeria, incluso la Angola en acelerada reconstrucción.

El modo de inserción de África en la economía mundial (principalmente como proveedora de materias primas a las economías del centro) parece haberla puesto relativamente al abrigo de ciertos impactos directos de la crisis económica, manifiesta a partir del sector financiero en el que está, es cierto, débilmente inserta. Es así como -a pesar de una proliferación, estos últimos años, de bolsas en África, incluso regionales, (reagrupadas en el África Investor 40, AI40) pero más bien insignificantes -de todos los sectores financieros africanos, el sudafricano ha sido el más afectado por la crisis.

Sin embargo, como las demás regiones del mundo, África no ha dejado de ser afectada. Al no ser solo financiera la crisis, el continente proveedor de materias ha sufrido el retroceso de la producción en los centros del capitalismo, bajo la forma de bajada de la demanda de ciertas materias primas (cobre, cobalto, coltán, diamantes, estaño, petróleo...) y de sus cotizaciones, de -25% a -50%, incluso más en lo que concierne al petróleo que pasó de 140 dólares el barril en verano de 2008 a 55 dólares en la primavera de 2009. Otros sectores han sido también afectados, como el del turismo (Isla Mauricio...). Una de las consecuencias africanas de esta crisis ha sido la importante reducción de las reservas de cambio de ciertas monedas nacionales. Es así como África, que ha conocido un crecimiento medio sostenido desde hace una decena de años, ha acusado una bajada bastante pronunciada en 2009: 2,5% contra 5,1% en 2008 y 6% en 2007, según las estimaciones menos pesimistas que toman en cuenta la subida de las inversiones chinas (+81%) constatadas en un año (1 semestre de 2008-1 semestre de

2009). África -cantan los tecnócratas del capitalismo africano- a fin de cuentas, se ha defendido mejor contra la crisis y ha salido mejor de ella que los continentes del capitalismo desarrollado, teniendo en cuenta también las previsiones de crecimiento de 2010.

Sin embargo, tras las tasas de crecimiento apreciable, desde el punto de vista capitalista, se producía como en todas partes, hasta en la China tomada como modelo, el desarrollo estructural de las desigualdades en beneficio de los inversores extranjeros (atraídos por beneficio extraído de la elevada inversión en el continente) y de las capas dirigentes (el conjunto de los empresarios económicos y políticos, incluyendo la oposición). Pues, a pesar de divergencias internas en la estructura jerarquizada del capitalismo mundial que están perturbando las llamadas economías emergentes del sur y las divergencias fraccionales locales, este capitalismo neoliberal africano no puede ser considerado como representante de los intereses de los trabajadores y trabajadoras, de las capas populares africanas, ni como factor de un real progreso social. Como en todas partes, esta acumulación capitalista africana se acomoda a la tasa elevada de pobreza que las instituciones internacionales fijan como media en el 50% de la población africana (subsahariana).

El crecimiento no ha mejorado la suerte de las personas que viven de su salario, de los pequeños campesinos (de mayoría femenina), de la juventud tanto escolarizada como en el paro, de los despedidos de las empresas privatizadas, de las clases populares en general. Si hay, innegablemente, un "África que gana" -la de los capitalistas africanos, en alianza objetiva con los de otras regiones que actúan en África- es primero frente a la fuerza de trabajo asalariada, como lo constataba la Oficina Internacional del Trabajo, en 2008, es decir, antes de la crisis: "Alrededor del 55% de todos los trabajadores del África subsahariana siguen sin ganar con qué vivir, con su familia, por encima del umbral de pobreza de 1 dólar por día; alrededor del 80% viven con menos de 2 dólares por día..." /14. La crisis ha desmentido también, por sus consecuencias sociales, "la imbecilidad económicamente motivada" (Mumia Abu-Jamal) de una no integración de África a la muy vieja mundialización capitalista, empeorando la situación de los trabajadores y trabajadoras. De 175 millones de trabajadores/trabajadoras pobres en 2007 a 219 millones en 2009; de 235 millones de trabajadores/trabajadoras precarias en 2007 a 265 millones. En la materia, los capitalistas africanos no son más generosos que los extraafricanos: cuando por ejemplo, obreros de la RDC se quejan de sus condiciones de trabajo en las obras chinas es porque las encuentran semejantes a las impuestas por los patronos congoleños. Sin embargo, patronos chinos son denunciados, desde Nigeria hasta Zambia, por su violación de los derechos de los trabajadores, a veces seguida de violencia, con la ayuda de la policía. Lo que es una práctica ordinaria del capitalismo en el tercer mundo.

Por otra parte, el hundimiento de los precios del algodón, del caucho, del textil, etc. ha conllevado despidos y cierres de fábricas de Benin a Tanzania pasando por Marruecos. Se han contado en Egipto 100.000 despedidos, de octubre de 2008 a marzo de 2009; 10.000 en Kenya solo en el primer trimestre de 2009; 13.000 en Marruecos en el sector textil, en un 60% femenino. En África del Sur, la tasa de paro ha pasado del 21,9% en el último trimestre de 2008 a 23,5% en el primer trimestre de 2009, es decir de 3,87 millones de parados a 4,18 millones /15. Así el otro crecimiento es el del paro en el conjunto del continente (incluyendo las islas), que ha pasado de 30,8 millones de parados/paradas contados en 2007 a 35 millones en 2009.

Ese África, que no gana, ha pagado la factura de la subida de los precios de ciertos productos alimenticios, que ha acompañado y precedido a la crisis; una consecuencia de la puesta en dependencia alimentaria organizada desde la colonización y que no ha dejado de desarrollarse en el período postcolonial. Exigiendo, por ejemplo, la prioridad a la exportación para el reembolso de la deuda pública exterior, a costa de la agricultura de producción de alimentos, las políticas de ajuste estructural neoliberal han favorecido la agravación de la ausencia de soberanía alimentaria. Con la consecuencia añadida de agotamiento de los suelos por ciertos monocultivos en ciertos países. Es el caso de Costa de Marfil y del Ghana vecino donde la importancia en la producción mundial de cacao se paga con un agotamiento de los suelos que le son consagrados, desde el período colonial. Es éste un factor de conflictos por las tierras, como ocurre ya en Ghana, en Kenya... En Darfour (Sudán), el agotamiento de los suelos por la agricultura neoliberal es uno de los factores que condujo a la guerra /16.

La ausencia de soberanía alimentaria y la situación del pequeño campesinado están destinados a agravarse aún más. De una parte debido a la ofensiva llevada a cabo por las firmas multinacionales productoras de semillas genéticamente modificadas y que utilizan el patentado o apropiación privada del patrimonio genético agrícola. De otra parte por la apropiación privada de las tierras fértiles y comunitarias africanas por el capitalismo agrario internacional, por multinacionales cuya sed de apropiarse del mundo es muy comparable a la de las compañías de hace cuatro o cinco siglos. Se trata ya del riesgo del dominio de las multinacionales del cacao sobre las tierras fértiles de Costa de Marfil. En el marco del ajuste estructural neoliberal, había ya que proceder a una adaptación de las legislaciones nacionales sobre la tierra que han conservado el principio de la tierra propiedad común, al principio de la mercantilización de todo lo que puede serlo.

Este neocolonialismo de la tierra, que no deja de recordar las *enclosures* de los primeros siglos del capitalismo inglés /17, va, sin duda, a transformar a pequeños agricultores/as independientes en mano de obra agrícola servil y mal remunerada, favorecer el crecimiento del paro en el medio rural y el éxodo hacia las ciudades para hinchar los barrios de chabolas y el lumpenproletariado, ejército de reserva de mano de obra muy barata. Entre las víctimas particulares de esta lógica capitalista, humanamente absurda, hay pueblos que viven tradicionalmente en y de la selva, como los que se llaman "Pigmeos", cazadores recolectores que están repartidos en ocho países del África Central y de los Grandes Lagos, de Camerún a Uganda, pasando por los dos Congo. Así, el problema no es el de la presencia de granjeros sudafricanos blancos en el Congo, o el del aprovisionamiento de los emiratos del Golfo en productos agrícolas, por ejemplo, sino el de las relaciones de propiedad que van a ser allí instauradas -aunque no hay riesgo de reproducción de la historia de los boers y Hugonotes que contribuyó a la formación de la actual África del Sur- y sus consecuencias sobre las poblaciones autóctonas. Granjeros/as sudafricanos/as blancos, agricultores chinos u otros, que han emigrado, que no se instalarían en colonia replegada sobre sí misma, no explotarían o no sobreexplotarían la mano de obra local, producirían también para la satisfacción de las necesidades alimentarias del territorio de acogida, en concierto con los pequeños productores locales, que mantendrían ecológicamente los suelos no podrían constituir en sí mismos un problema. Lo que no es el caso del proyecto malgache de Daewoo, que ha aparecido en los periódicos, y otros que quieren tras la agricultura de exportación colonial y neocolonial, orientar la agricultura africana hacia la producción de

agrocarburos. Una orientación en la que Brasil, a través, por ejemplo, de la Agencia Brasileña de Promoción de las Exportaciones y de las Inversiones (Apex-Brasil) se ha puesto a jugar un papel motor, con el pretexto de intercambios de experiencias Sur-Sur. Como si Brasil no fuera un mal ejemplo, en materia de agrocarburos y de semillas genéticamente modificadas de las que es también el promotor de venta, en África, detrás de los Estados Unidos. Como si el problema de la penuria del petróleo debería resolverse creando otro problema ecológico, el de las consecuencias del agrobusiness - ya practicado por oligarcas africanos, desde Costa de Marfil a Zimbabwe- aún más criminal para esta parte importante de la población mundial que sufre ya de déficit alimentario. Cuando el problema no se plantea, actualmente y en un futuro próximo, en términos de penuria de los productos alimentarios, sino de reparto de la producción alimentaria disponible y de una reorganización de la agricultura mundial, que permitiría también evitar el derroche actual, marca entre otras del cinismo capitalista, y preservar tierras fértiles para las generaciones futuras.

Tras cincuenta años de neocolonialismo, la organización capitalista neoliberalizada del continente parece reservarle como destino la continuación de la acumulación de sus efectos más nocivos. Así, en lo referido a una de las principales preocupaciones actuales de la humanidad sensata, a saber, el calentamiento climático, África que no es una de las principales polucionantes del planeta está destinada a sufrir las consecuencias del crecimiento y del productivismo del capitalismo, imitadas durante una cincuentena de años por los regímenes del bloque estalinista. Según el GIEC: "Nuevos estudios confirman que África es uno de los continentes más vulnerables debido a la diversidad de los efectos anticipados, de los múltiples stress y de su débil capacidad de adaptación". Lo que no impide que partidarios africanos del capitalismo neoliberal se activen para promover una "estrategia africana para la guerra del "green business" " /18.

Resistencias africanas al capitalismo neoliberal

Las primeras consecuencias sociales de la neoliberalización en África habían producido, en los años 1980-1990, una dinámica de movilización popular, de luchas sociales -vertebrada por organizaciones sindicales- que contribuyeron a la "democratización" de los regímenes monolíticos postcoloniales. Pero en un contexto internacional de pérdida de legitimidad del proyecto emancipador socialista, identificado con el socialismo que se hundía, la socialdemocracia europea se demostraba una buena gestora del capitalismo, construyendo la Europa del capital neoliberal. Dicho de otra forma, la superación del capitalismo no estaba ya al orden del día. Es así como esta apertura democrática se había realizado en todas partes en favor de las corrientes políticas partidarias de la gestión del neocolonialismo, que, en ciertos casos, se convirtieron posteriormente en corresponsables de las guerras neoliberales.

Las organizaciones populares de la izquierda africana que sobrevivieron al monolitismo de los tres o cuatro primeros decenios postcoloniales fueron casi en todas partes arrastradas por el descrédito echado sobre el proyecto emancipador socialista y, en algunos casos, por las guerras de la reestructuración neoliberal del neocolonialismo. A finales del siglo XX y al comienzo del siglo XXI, las más populares de las organizaciones supervivientes se integraron progresivamente en la gestión del orden neocolonial, desde el Partido comunista sudafricano (SACP) que se ha aferrado a su aliado, el Congreso nacional sudafricano (ANC) al And-Jef/Partido Africano para la democracia y el socialismo (AJ/PADS) de Senegal. Las direcciones sindicales ligadas a estos partidos han sido arrastradas en esta deriva, haciendo sindicalismo llamado responsable o convirtiéndose en "interlocutores sociales" de la patronal

y de los gobiernos /19. Acabando con la estafa de las esperanzas de las capas populares comenzada por los regímenes neocoloniales llamados o que se proclamaban socialistas, desde el del Partido Congoleño del Trabajo (PCT) de Marien Ngouabi a Denis Sassou Nguesson (I) en Congo-Brazzaville al del Frente de Liberación de Mozambique (Frelimo) de Samora Machel en Mozambique, pasando por los del Frente de Liberación Nacional de Houari Boumedién en Argelia, del Movimiento Popular para la Liberación de Angola (MPLA) de Agostino Neto/Eduardo do Santos, y del Ejército de Resistencia Nacional (NRA) de Yuweri Museveni en Uganda.

Sin embargo, militantes o exmilitantes de la izquierda radical africana, sindicalistas "lucha de clases" han estado entre los principales animadores/animadoras de la dinámica llamada de altermundialismo en África. El anticapitalismo, que se había convertido en una palabra impronunciable en África, se ha vuelto de nuevo relativamente audible a partir de la crítica del neoliberalismo provocada por las políticas de ajuste estructural, de dramáticos efectos sociales.

Sin embargo, ganando una cierta visibilidad mediática -aún permaneciendo a menudo en una gran debilidad numérica en los medios populares- el movimiento altermundialista africano no ha escapado, como los de otras partes, a la hegemonía de las organizaciones/asociaciones e individuos de la "sociedad civil" que eran/son hostiles a toda crítica que supere el marco del neoliberalismo, dándose por objetivo el sistema de explotación, de opresión y de polución que es el capitalismo. Así, la dinámica altermundialista africana no debería identificarse a algún tipo de proyecto emancipador radical y globalmente alternativo al capitalismo. Lo que no es una particularidad africana. Es también la expresión de un dominio sobre el altermundialismo africano de la corriente encarnada por grandes organizaciones de Occidente, movilizadas para un "capitalismo de rostro humano" u "otro capitalismo es posible", que reproducen, en este marco que se pretende alternativo, el tipo clásico de las relaciones entre el centro capitalista y su periferia.

La ayuda financiera aportada a los altermundialistas de África está condicionada a su oposición a la orientación de la corriente radical del altermundialismo. La corrupción de los gobernantes africanos, los "bienes mal adquiridos" pueden, con razón, ser denunciados, pero de forma moralista, sin a pesar de ello colocarlos en el marco histórico del sistema capitalista, en el que dejan de ser una particularidad africana o del Tercer Mundo y se convierten en un mecanismo clásico universal. Siendo a menudo los mismos en el Norte y el Sur. Ocurre incluso que algunos sean socios de ciertas ONGs altermundialistas que consideran el anticapitalismo inapropiado a la dinámica africana contra el estado de cosas existente. En el contexto relativamente parecido de la lucha anticolonial, Frantz Fanon hablaba a propósito de los círculos dominantes del anticolonialismo metropolitano del "deseo difícilmente reprimido de guiar, de orientar hasta el movimiento de liberación del oprimido". Cuarenta o cincuenta años después, no hay cambio sustancial, cuando no es peor.

Un estado de cosas que esta también favorecido por la precariedad que golpea a las capas medias africanas, a las que pertenecen a menudo los animadores de la "sociedad civil", esa entidad brumosa cuya promoción, como socio paralelo fiable de las instituciones oficiales del centro capitalista, es una de las modalidades de control de las sociedades de la periferia, como lo son a menudo ciertas asociaciones en las zonas urbanas del centro. Ser animador u organización de la "sociedad civil" altermundialista, pero abierto/a al diálogo, incluso a la asociación, con los consulados occidentales las multinacionales privadas, las fundaciones occidentales y las instituciones internacionales, como el Banco Mundial, es a menudo una

garantía de escapar a la precarización local, coorganizada por estos últimos. Un sutil mecanismo de corrupción que puede hacerse por la intermediación de una ONG (hermana mayor) del Norte, que defiende la conservación de sus subvenciones públicas. No es algo de lo que se habla a menudo, aunque sea una forma de compra de la conciencia individual/asociativa a costa de los intereses de la colectividad.

Así, en un decenio de movimiento altermundialista, foros sociales locales y regionales, manifestaciones contra la vida cara, movilizaciones estudiantiles contra la precarización, luchas sindicales, movimientos campesinos, movilizaciones de parados y reivindicación de un trabajo decente, las organizaciones africanas que se siguen reclamando aún de la izquierda radical no pueden invocar éxitos evidentes en materia de contribución a la autoorganización de los trabajadores y trabajadoras, del pequeño campesinado en una perspectiva de articulación de sus luchas con un proyecto global de ruptura con el capitalismo. Las movilizaciones frecuentes, incluso permanentes, por el acceso al agua potable, a la electricidad, a los cuidados de salud, a empleos decentes, a la tierra, a buenas condiciones de estudio, contra las violencias hechas contra las mujeres, etc., siguen desperdigadas y sin convergencia. Una fragmentación permanente que puede también ser interpretada como una expresión del sectarismo de las organizaciones de la izquierda radical, que tienen ciertamente el mérito de haber sobrevivido a la apisonadora de la ideología neoliberal pero que, desgraciadamente, tienden más a aferrarse a la afirmación identitaria micro-gruposular o al narcisismo de las pequeñas diferencias que a la organización de las convergencias y a la construcción local de dinámicas unitarias y democráticas permanentes.

Éstas no pueden concretarse localmente más que enraizadas en las clases explotadas y las capas oprimidas, en particular, y en todas las categorías sociales víctimas de la barbarie social y ecológica del capitalismo. Lo que no es posible sin integración en el proceso de la lucha de la comprensión de la dinámica de cada una de las sociedades y del capitalismo global por las organizaciones y los militantes de la izquierda radical. Una comprensión a producir, a compartir y a enriquecer, a partir de y como consecuencia de la acción, con los actores/actrices de los movimientos sociales y sectores radicalmente progresistas de la sociedad civil. No se puede transformar lo que no se comprende suficientemente bien. Sin embargo, la escuela neoliberalizada, bastante peor que la de los primeros decenios neocoloniales, no está organizada para favorecer la comprensión de las sociedades. Esta comprensión compartida podría también contribuir a la reducción de los márgenes de ambivalencia existencial entre, de una parte, el compromiso anticapitalista por una igualdad humana fundamental y, de otra parte, la actitud consumista hacia el capitalismo espectacular o "capitalismo de la seducción", vector de los valores de desigualdad y de competición.

La organización del control ideológico de los espíritus y de la estructuración de lo cotidiano de las masas pequeñoburguesas y populares (desde el consumo del espectáculo deportivo a los valores hollywoodianos), uno de los principales éxitos del capitalismo de los siglos XX y XXI, parece aún descuidado por la izquierda radical africana. Los militantes de la izquierda radical africana, que no están a menudo al abrigo del nacionalismo cultural ahistórico - producto de la mezcla de ignorancia y de racismo coloniales y reproducido de forma interesada por las élites neocoloniales- son aún llevados a reaccionar evocando, de forma no dialéctica o no crítica, valores culturales o tradicionales africanos. Como si éstos no fueran también legitimadores de las desigualdades y de las injusticias que el capitalismo ha podido hacer reciclar por élites locales, para la reproducción de su dominación.

Así, tras cinco decenios de neocolonialismo, el problema mayor de la igualdad fundamental

de los géneros no escapa a la refracción por los llamados valores africanos. Las militantes de la izquierda radical, particularmente implantadas en este sector de la lucha contra las desigualdades y por la emancipación humana, deben aún defender su derecho a la igualdad concreta en ciertas organizaciones, mientras que en las capas populares de la sociedad, la mercantilización acelerada de la enseñanza secundaria y superior favorece la exclusión de las chicas del sistema escolar. En nombre de los valores tradicionales, cuando la precariedad lo exige, es lógico atender los gastos escolares de un chico más que a los de una chica. Cuando, sin hacerse ilusión sobre los contenidos de la educación escolar o sin atribuir a la instrucción una naturaleza emancipadora, el analfabetismo no favorece la emancipación, incluyendo la de los hombres, incluso en las sociedades africanas. La izquierda radical africana a reconstruir no puede inscribir la lucha por la emancipación igualitaria de las mujeres como una cuestión secundaria. O compartir la concepción de la igualdad de los géneros representada por la estatua del Renacimiento africano que Abdoulaye Wade ha hecho erigir en Dakar: se constata en ella una evidente superioridad masculina, cuando el presidente senegalés se ufana de haber instituido la paridad en su país.

En cuanto a la lucha llevada a cabo por los homosexuales, cada vez más reprimidos/as estos últimos años en varios estados africanos, de Egipto a Zimbabwe, pasando por Senegal, no es a menudo apoyada por las organizaciones de izquierda locales, que a menudo fundan su apoyo, por indiferencia, a la opresión homófoba en una pretendida exogeneidad (de origen occidental) de la homosexualidad en África. Lo que no es conforme ni a la historia, ni al compromiso por la emancipación humana /20.

Sacar a África de su trágica situación

Los cinco decenios postcoloniales no pueden ser para la izquierda radical africana más que cinco decenios de neocolonialismo. Un neocolonialismo que no ha dejado de complicarse y de tener consecuencias más trágicas: del desarrollo de las desigualdades sociales en todos los países a las guerras neoliberales en algunos de ellos, pasando por la diversidad de los actores de la explotación de los asalariados y asalariadas. Su realidad en cada país es por supuesto particular, a pesar de los rasgos comunes generales. Este aumento de la complejidad del neocolonialismo se ha acompañado desgraciadamente de un debilitamiento de la conciencia antineocolonial/anticapitalista radical organizada, en fase con el reflujó de la conciencia anticapitalista y socialista revolucionaria organizada a nivel mundial, pero de forma más pronunciada o más grave. El moralismo está impuesto como horizonte insuperable de la crítica. Por ello es preciso, más que nunca, desmarcarse, por ejemplo, de la concepción apolítica de una traición de África por las burguesías en el poder. Pues, si son africanos, sin haberlo elegido, por el contrario, han optado por el capitalismo. Dicho de otra forma, están guiadas y motivadas sobre todo por sus intereses de clase e individuales. No son en esto fundamentalmente diferentes de la burguesía francesa, por ejemplo, que había optado, en su aplastante mayoría, por colaborar bajo la ocupación con la economía alemana nazificada.

Para sacar a África de su trágica situación, no hay objetivamente otra vía que la del anticapitalismo, más allá del antineoliberalismo (que no puede ser más que la ilusión de un capitalismo con rostro humano, apoyándose en una concepción del capitalismo de los “treinta gloriosos” que no tiene en cuenta ni la presión de la guerra fría, dicho de otra forma el compromiso capital-trabajo motivado por la propaganda anticomunista y aconsejado por J.M.Keynes, ni de que el imperialismo es una de las características de esta fase de la mundialización capitalista). Hoy, ni China, ni India, ni Brasil y otros pueden provocar ilusiones, pues los costes sociales y ecológicos del crecimiento en estas economías no pueden

ignorarse. Estos países no pueden ser ejemplos de sociedad de igualdad y de justicia social, de satisfacción de las necesidades fundamentales de cada individuo y de los pueblos. El desarrollo de las injusticias sociales son también allí la regla.

Cuando se celebra el cincuentenario del neocolonialismo, una de las mejores formas de honrar a quienes lucharon contra el neocolonialismo/capitalismo en África –más que a los “padres de la independencia” neocolonial- es hacer verdaderos balances de las luchas, desarrolladas local y continentalmente. Sacar sus lecciones para la construcción de nuevas organizaciones antineocoloniales/anticapitalistas que deberán contribuir a la autoorganización y a las luchas de los asalariados/as, del pequeño campesinado, de las mujeres, de la juventud y de todas las demás categorías sociales oprimidas. Organizaciones que luchen contra la explotación económica de unos seres humanos contra otros, contra las diferentes opresiones y contra los efectos nocivos evitables sobre el medio ambiente. Dicho de otra forma, para la construcción de sociedades socialistas, es decir socialmente justas e igualitarias, feministas, antihomóforas y ecológicas. Lo que no puede ser efectivo en los límites de los territorios nacionales actuales. La construcción de este socialismo exige su inscripción en una perspectiva panafricana. Lo que favorecen por otra parte la presencia de las mismas empresas explotadoras en varios países, sean extraafricanas o africanas, y los agrupamientos de integración económica regionales.

Es pues una urgencia para las organizaciones que se reivindican aún socialistas y panafricanistas iniciar una verdadera dinámica de intercambios, de solidaridad, de aprendizaje de la elaboración y de la acción común, local y regionalmente, de forma democrática. La pertenencia a tradiciones políticas diferentes que ha caracterizado al movimiento socialista durante el siglo XX no debería ser un obstáculo. Ninguna organización socialista y democrática replegada sobre si misma localmente o sobre su propia tradición política internacional es capaz de resolver los problemas teóricos y prácticos a los que está confrontada, así como las clases explotadas y las capas oprimidas. Es en la construcción de esta dinámica de concertación y de acción panafricana socialista y revolucionario como cada organización contribuirá mejor a la construcción de un África real e íntegramente descolonizada, emancipada del capitalismo. Este panafricanismo socialista y revolucionario no puede consistir en un repliegue continental, está llamado a contribuir a la construcción de un nuevo internacionalismo, heredero crítico de las tradiciones internacionalistas aún existentes. Como, incluso más que en cualquier otra parte del mundo, la alternativa en África es o bien la lucha por y la construcción de un socialismo democrático o bien la agravación del desastre social capitalista.

Jean Nanga es el corresponsal de Inprecor para África subsahariana.

Notas:

1/ Según el African Economic Outlook/Perspectivas Económicas en África, 2010, la tasa de rentabilidad en África sería del 12,1% superior al de los demás continentes.

2/ España, Francia, Portugal y el Reino Unido ocupan aún territorios africanos: Azores, Ceuta y Melilla, Islas Canarias, Islas Chagos, Islas Madeira, Isla de Santa Helena, Mayotte, Reunión.

3/ La suma de los siete primeros exportadores de armas de la Unión Europea (Alemania, Francia, Reino Unido, Países Bajos, Italia, Suecia, España) ha superado las exportaciones

estadounidenses, en 2006 y en 2007, según las cifras del SIPRI (Suecia).

4/ "Vu de Chine : les embarras de la France en Afrique", Quotidien du peuple, 29 febrero de 2009, disponible en Internet : http://contreinfo.info/prnart.php3?id_article=2994.

5/ Desde mayo de 2009, las relaciones entre los Estados Unidos y Senegal se han deteriorado: con el pretexto de la denuncia, por la embajadora estadounidense, del desarrollo de la corrupción en Senegal, de hecho se le ha reprochado al presidente senegalés, A. Wade, el desarrollo abierto de sus relaciones con el Irán de Ahmadinejad.

6/ Citado en "Affaire contrats chinois : Kinshasa donne raison à Pékin par la bouche du porte-parole du gouvernement", Le Palmarès (un periódico de Kinshasa), 4 de junio de 2009, disponible en : <http://www.digitalcongo.net/article/58575>

7/ Idem.

8/ Según el Pew Global Attitudes Project Global Unease With majors World Powers: "Across Africa, favorable views of China outnumber critical judgements by two-to-one or more in every country except South Africa, where opinion is divides", Washington, Pew Research Center, Junio 2007, p. 41, disponible en : www.pewglobal.org.

9/ Abdoulaye Bio-Tchané, "La Chine n'est pas une menace pour nos économies", entrevista publicada por el periódico agidjanés, Nord-Sud, 30/05/2007.

10/ Dambisa Moyo en L'aide fatale. Les ravages d'une aide inutile et de nouvelles solutions pour l'Afrique, avant-propos de Niall Ferguson, Paris, JC Lattès, 2009, p. 189.

11/ Según la fórmula del Primer ministro chino Wen Jia Bao, Rapport d'activité du gouvernement à l'Assemblée Populaire Nationale, 5/03/2010, <http://french-news-en/documents/2010-03>

12/ "La Chine défend ses investissements en Afrique", 8/03/2010, <http://www.focac.org/fra/zfgx/jmhzt662292.htm>

13/ Lionel Zinsou, "Plus du tiers des investissements en Afrique sont africains", Les Afriques, n° 96, 5-11/11/ 2009. Algunos de estos inversores son tan africanos como Total francesa, pues son instituciones que tienen también accionistas extraafricanos.

14/ "Rapport du Directeur général", Bureau International du Travail, Onzième Réunion régionale africaine (Addis-Abeba, abril 2007) : L'Agenda du travail décent en Afrique : 2007-2015, Genève 2007.

15/ Estas tasas y cifras son las de los parados y paradas declarados, no del conjunto de parados/as sudafricanos.

16/ Cf. Jean Nanga (2004), « Darfour : les enjeux d'un conflit meurtrier », <http://www.solidarites.ch/journal/index.php3?action=4&id=1693&aut=244> ; el informe del United Nations Environment Programme (UNEP), Sudan Post-Conflict Environmental Assessment, Nairobi, 2007 establece también la relación entre la agricultura intensiva y el agotamiento de los suelos consiguiente como uno de los factores de la crisis de Darfour.

17/ Cf. Karl Marx, *El Capital*, Libro I, Cap XXIV, Expropiación de la población rural, a la que se despoja de la tierra, p. 896. Ed. Siglo XXI.

18/ El periódico financiero africano, *Les Afriques*, ha publicado un dossier favorable al “green business” en varios números, durante el último trimestre de 2009, en fase con la Cumbre de Copenhague.

19/ La última adhesión es la del Movimiento por el Cambio Democrático (MDC) de Zimbabwe que ha entrado en el gobierno de la ZANU-PF, presidido por Robert Mugabe, en enero de 2009, en nombre de la reconciliación nacional, con su dirigente Morvan Tsvangirai nombrado primer ministro. Antes de la creación del MDC, Tsvangirai, antiguo minero pero diplomado en Harvard, dirigió el Congreso de los Sindicalistas de Zinbabwe, lo que ha favorecido la adhesión masiva de las capas populares al MDC al mismo tiempo que de los zimbabweanos blancos. Últimamente los ministros del MDN han avalado la congelación de los salarios de los funcionarios del país.

20/ Ver por ejemplo Charles Gueboguo, “Pour une lecture revue et corrigée de l’homosexualité dans la pensée doxique africaine : Impacts, dérapages et risques” , semgai.free.fr/doc_et_pdf/CG_pour_une_lecture.pdf; le journal en ligne *Behind the Mask. The Voice of Africa’s LGBTI Community*, <http://www.mask.org.za>.